

Secesión

La guerra civil americana

JOHN KEEGAN

T

TURNER NOEMA



Secesión

La guerra civil americana

JOHN KEEGAN

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ADRIÁN VITIER

COLECCIÓN NOEMA



Título:

Secesión

La guerra civil americana

© John Keegan, 2009

Edición original en inglés: *The American Civil War. A Military History*

2009, Hutchinson



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2011

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: septiembre de 2011

© de la traducción: José Adrián Vitier, 2011

Diseño de la colección: Enric Satué

Ilustración de cubierta: The Studio of Fernando Gutiérrez

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones: turner@turnerlibros.com

ISBN EPUB: 978-84-15427-39-1

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Contenido

Portadilla

Créditos

Listado de mapas

Dedicatoria

Mapa

Prólogo

I El Norte y el Sur se dividen

II ¿Habrá guerra?

III Ejércitos improvisados

IV El alto mando

V La geografía militar de la Guerra de Secesión

VI La vida del soldado

VII Planes

VIII McClellan toma el mando

IX La guerra en el Medio Oeste

X La guerra de Lee en el Este y la guerra de Grant en el Oeste

XI Chancellorsville y Gettysburg

XII Vicksburg

XIII Cortando la conexión Chattanooga-Atlanta

XIV La Campaña Terrestre y la caída de Richmond

XV Irrumpiendo en el Sur

XVI La batalla de la costa de Cherburgo y la Guerra de Secesión en el mar

XVII Soldados negros

XVIII Los frentes internos

XIX Walt Whitman y las heridas de la guerra

XX Los generales de la Guerra de Secesión

XXI Las batallas en la Guerra de Secesión

XXII ¿Podría haber sobrevivido el Sur?

XXIII El final de la guerra

Agradecimientos

Bibliografía

LISTADO DE MAPAS

[La Guerra de Secesión, 1861-1865](#)

[Ferrocarriles estadounidenses en 1861](#)

[Primera batalla de Bull Run \(Manassas\), 21 de julio de 1861](#)

[Shiloh, 6-7 de abril de 1862](#)

[Las batallas de los Siete Días, 25 de junio-1 de julio de 1862](#)

[Antietam, 17 de septiembre de 1862](#)

[Chancellorsville, 2-6 de mayo de 1863](#)

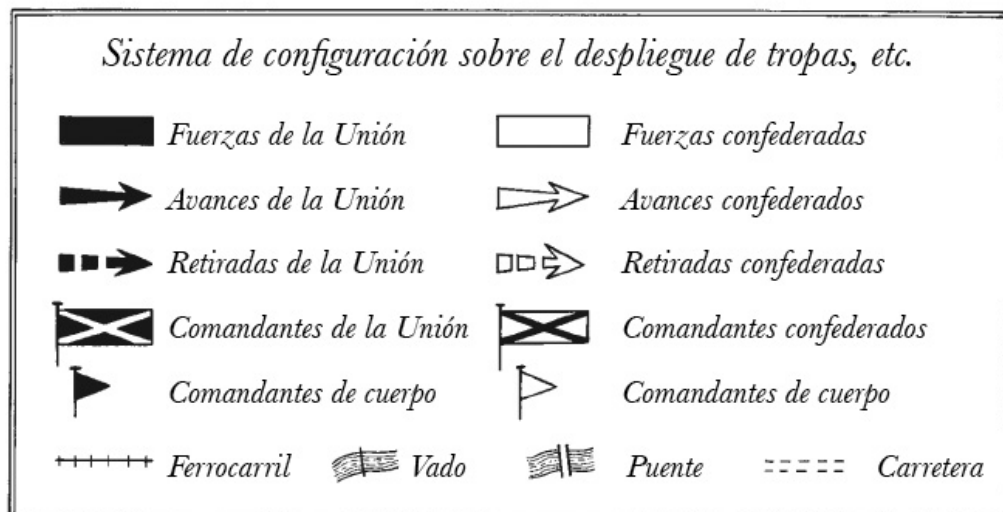
[Convergencia de fuerzas en el Norte](#)

[Gettysburg, 2-3 de julio de 1863](#)

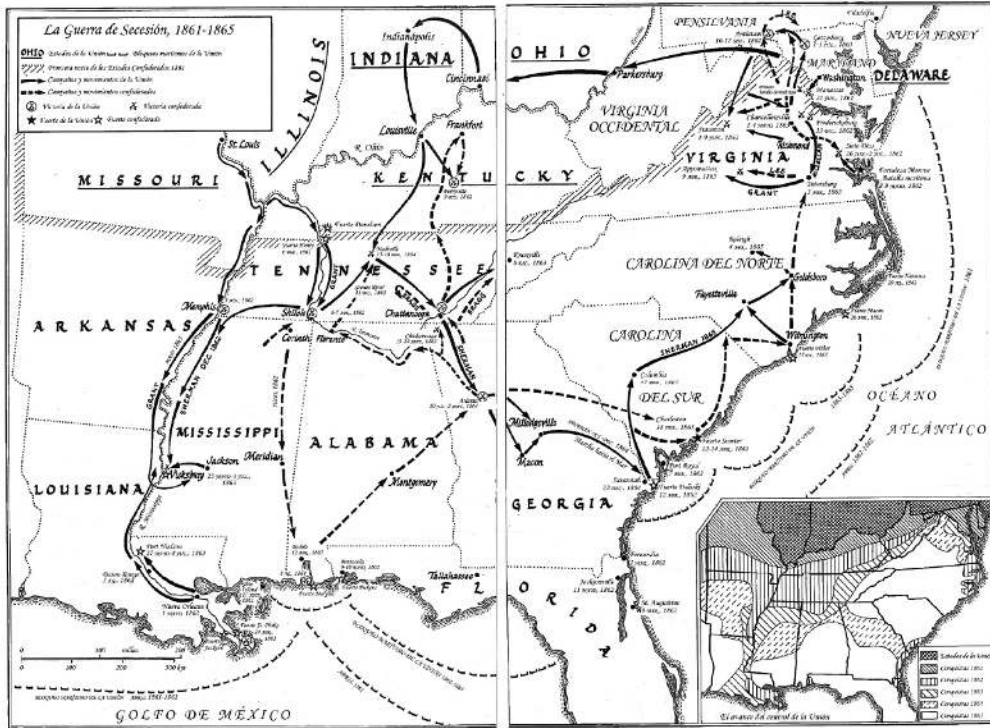
[La campaña de Vicksburg, abril-julio de 1863](#)

[La ofensiva hacia Petersburg](#)

[La marcha de Sherman, mayo de 1864-abril de 1865](#)



Para Lindsey Wood



PRÓLOGO

Comencé un libro anterior con esta frase: “La Primera Guerra Mundial fue una guerra cruel e innecesaria”. También la Guerra de Secesión fue cruel, por los sufrimientos que infligió a los participantes y la angustia que causó a quienes en ella perdieron a sus seres queridos. Pero no fue innecesaria. En 1861 la división entre el Norte y el Sur, provocada sobre todo por la esclavitud, entre otras diferencias, era ya tan acusada que solo hubiera podido resolverse mediante una transformación profunda que implicase, obligatoriamente, que la esclavitud dejara de percibirse como el único modo de contener el problema de los negros en Norteamérica; o quizá mediante una separación permanente entre los estados esclavistas y sus simpatizantes y el resto del país; y posiblemente, dadas las fricciones que tal separación conllevaría, mediante una guerra. Pero eso no significa que la guerra fuese inevitable. Variables políticas y sociales de todo tipo pudieron haber conducido a una resolución pacífica. Si el Norte hubiese tenido un presidente ya asentado, y no uno recién elegido, y con una posición antiesclavista menos provocadora para con el Sur; si el Sur hubiera tenido líderes, particularmente un posible líder nacional tan capaz y elocuente como Lincoln; si ambas partes, pero sobre todo el Sur, hubieran estado menos influidas por el militarismo diletante que imperaba en el mundo anglosajón a ambos lados del Atlántico a mediados de siglo entre los regimientos de voluntarios y los clubes del rifle; si la industrialización no hubiese alimentado tanto la confianza del Norte en que podría hacer frente a la belicosidad del Sur; si el apetito de Europa por el algodón sureño no hubiese persuadido a tantos hacendados y productores al sur de la línea Mason-Dixon de que estaban en posición de dictarle al mundo los términos de una diplomacia separatista; si no se hubieran acumulado tantos elementos condicionantes en la mentalidad del Norte y del Sur; entonces puede que el simple valor de la paz, y su preservación, hubiesen primado sobre el belicoso clamor de las multitudes y los mítines de reclutamiento, y conducido a la gran república desde el caos de la fiebre bélica hacia la normalidad de la calma y de un compromiso aceptable para ambas partes.

Los estadounidenses eran grandes negociadores. Media docena de compromisos importantes habían venido evitando la división a lo largo el siglo XIX. De hecho, el país entero había adoptado tácitamente el compromiso como principio rector de sus relaciones con los antiguos amos coloniales a principios de siglo, y de su renuncia a perpetuar el conflicto con Inglaterra, tras la aberración que supuso la Guerra de 1812. Desafortunadamente, los estadounidenses eran también gente de principios. Habían plasmado estos principios en los preámbulos a sus magníficos documentos de gobierno, la Declaración de Independencia y la Constitución y sus Diez Enmiendas; y, cuando se exaltaban, recurrían a estos principios como guía para la solución de sus problemas. Por desgracia, los puntos de desacuerdo más importantes entre el Norte y el Sur en 1861 podían considerarse principios; tanto la indivisibilidad de la república y su poder soberano como los derechos de los estados estaban ligados a las pasiones de la época dorada de la república, y, si la supervivencia de esta se veía amenazada, podían ser invocados nuevamente. A lo largo de las luchas políticas en las décadas anteriores del siglo, habían sido invocados una y otra vez por dos figuras dotadas de gran sinceridad y elocuencia, Henry Clay y John Calhoun. Fue una auténtica mala suerte que Estados Unidos produjese líderes de opinión tan formidablemente persuasivos. Para desgracia del Sur, que había dominado el debate durante la primera mitad del siglo, precisamente en el punto en que la cuestión de los principios dejó de ser un torneo verbal y amenazó con convertirse en una llamada a la acción, el Norte produjo un líder que hablaba mejor y con más energía que cualquiera de los campeones del Sur por aquel entonces.

La guerra debía de estar a flor de piel en el debate en 1861, pues el Sur, en cuanto comenzó a organizarse para la secesión, no solo designó a su propio presidente de la Confederación, sino también a un secretario de guerra, así como a secretarios de estado, del tesoro y del interior. Tan pronto como asumió el cargo, el presidente Lincoln convocó a las milicias de los estados norteros al servicio federal y reclutó a decenas de miles de voluntarios. En pocas semanas, uno de los políticos más pacíficos del mundo civilizado se puso al mando de multitudes que, aunque aún no tuvieran armas, las reclamaban, se instruían en su manejo y convocaban marchas. Las armas tardaron en aparecer. Pero esta demora no aplacó la agitación social, pues aquel ataque contra la integridad y autoridad de la república había

despertado profundas pasiones populares. Se había convertido en un asunto preocupante para los pueblos del Viejo Mundo, a raíz de las luchas de liberación nacional, tanto en la parte hispanohablante del continente americano como en la angloparlante. Las dos Norteaméricas de 1861, la del Norte y la del Sur, llegaron a la conclusión de que las cuestiones de principios y las discrepancias generadas por la elección de Abraham Lincoln eran lo bastante graves como para pelear por ellas. Esta decisión confirió al inminente conflicto un designio fatal. Se convirtió en una guerra entre pueblos, y los de cada bando, que hasta entonces se veían como uno solo, comenzaron en adelante a percibir sus diferencias y a considerarlas más importantes que aquellos valores que habían venido aceptando como permanentes y vinculantes desde 1781. La inaplazable guerra sería por lo tanto una guerra de secesión, y así fue rápidamente llamada y reconocida. Entre tanto, los líderes del Norte y del Sur analizaban qué forma adoptaría el conflicto en caso de que llegara hasta sus pueblos. La cuestión, para el Sur, era sencilla: defendería sus fronteras y repelería a cualquier invasor que apareciera. Para el Norte las cosas no eran tan simples. Toda guerra sería una rebelión, un desafío a su autoridad que debía ser derrotado; pero ¿cómo y –lo que era más crucial– dónde infligir esta derrota? El Sur constituía la mitad del territorio nacional, un área inmensa que solo colindaba con las regiones organizadas del Norte en unos pocos puntos muy distantes entre sí. Había contacto entre el Sur y la región de las grandes ciudades del Norte en el corredor de la costa atlántica de Maryland y Pensilvania, una región con abundantes ferrocarriles; había otras conexiones más indirectas entre el Norte y el Sur en el valle del Mississippi, donde existían bastantes rutas fluviales, pero pocas ciudades y escasa población. En consecuencia, al estallar la guerra en abril de 1861, esta comenzó de manera irregular, improvisada, y en buena medida sin dirección, con ejércitos embrionarios que se atacaban dondequiera que se encontraban. Los primeros encuentros fueron combates de menor importancia que se produjeron en lo que el *Times* de Londres llamó desdeñosamente “campos sin batalla”, allí donde más tarde se fundó el estado de Virginia Occidental. Fue una gran ventaja para el Sur que la primera batalla importante de la Guerra, la llamada primera batalla de Manassas, o primera batalla de Bull Run, concluyera con una victoria sudista, si bien sus consecuencias fueron lamentables para Estados Unidos. Esta victoria inesperada desanimó al Norte y persuadió al

Sur de que la victoria definitiva era alcanzable. Si la batalla hubiese tenido otro resultado, como fácilmente hubiera podido suceder, acaso la guerra hubiese concluido más pronto y a un costo mucho menor para el Norte y para el Sur.

Después de Bull Run, la guerra hubo de ser encarada como una empresa de grandes proporciones y exigió a ambas partes un dispendio ilimitado de recursos. Sin embargo, Bull Run no indicó al Norte ni al Sur el camino a seguir. El Sur continuó a la defensiva, y Lincoln y sus generales siguieron sin saber cómo emprender una ofensiva exitosa. El vilipendiado general George McClellan, un organizador genial, pero poco ardoroso como estratega y como guerrero, concibió el plan de sacar al Ejército del Potomac de los alrededores de Washington y trasladarlo por agua, entrando por la bahía de Chesapeake, hasta las inmediaciones de Richmond. Era una idea conveniente y bien razonada, ya que se evitaban una serie de disputados cruces de ríos en el norte de Virginia durante la marcha desde una capital a la otra. Todo lo que esta maniobra evitó al ejército de la Unión quedó demostrado por la Campaña Terrestre de Grant en 1864, cuando éste tuvo que pelear a cada paso sangrientas batallas, entre ellas las de Spotsylvania y Cold Harbor. La Campaña Peninsular, como fue llamada la empresa de McClellan, mereció rendir grandes frutos, pero la timidez de su creador provocó que no tuviera consecuencias, y obligó al Ejército del Potomac a volver a librar infructuosas batallas frontales alrededor de Washington. El fracaso de la Campaña Peninsular promovió también la aparición del general Robert Lee, quien frustraría todos los esfuerzos ofensivos del Ejército del Potomac durante tres años, y llevaría a cabo sus propias incursiones en el territorio de la Unión.

Una estrategia de la Unión, exitosa aunque muy discutida, surgió finalmente de modo accidental, cuando la victoria del general U. S. Grant contra los fuertes Henry y Donelson condujo a la primera incursión federal seria en el territorio confederado a través del río Tennessee. Grant inauguró así la “campaña del Oeste”, en realidad en el centro-sur de Estados Unidos. Grant iniciaría otras dos estrategias: la de alimentarse del campo y la de infligir bajas. La tarea de hacer que el Sur pagara con sangre por su rebelión desagradaba a importantes líderes de la Unión, entre ellos a Winfield Scott, el general en jefe, y a su sucesor, George McClellan, quienes creían que el tiempo y un modo menos encarnizado de luchar inculcarían un ánimo de

paz y reconciliación en el Sur, donde se pensaba que había un gran número de federalistas encubiertos. Grant no adoptó ninguna de estas tibias posiciones. Aunque no era un hombre sanguinario, creía que únicamente con golpes feroces podría ponerse fin a la guerra y, si bien deploraba la “efusión de sangre”, siempre peleó para ganar. Después de los fuertes Henry y Donelson, su primera gran batalla, Shiloh, fue una espantosa orgía de sangre que puso ante los ojos de la nación la naturaleza del conflicto que se había iniciado. Fue una advertencia saludable, pues de ahí en adelante las listas de bajas se elevaron inexorablemente. La Guerra de Secesión llegó a ser involuntariamente una guerra con recuento de bajas, así como llegaría a serlo la posterior guerra de Estados Unidos en Vietnam. En la década de 1960, el populoso Vietnam del Norte fue capaz de sostener una guerra de este tipo, sacrificando a cincuenta mil jóvenes cada año a manos del Ejército de Estados Unidos y de sus aliados, y reemplazándolos al año siguiente sin mermar en su desempeño bélico. El Sur estadounidense no podía soportar semejante costo. En 1861-1864 parecía capaz de, sin debilitarse, reemplazar a los que morían en combate o por enfermedades generadas por la guerra, pero esta aparente invulnerabilidad era engañosa. La guerra fue desangrando mortalmente al Sur, mientras que el Norte, más populoso, lograba reponer sus enormes pérdidas y seguir peleando. A medida que el Norte devoraba las reservas de combatientes del Sur, también se iba abriendo paso por su territorio Sur. La campaña de Shiloh inició la bisección del Sur a manos de Grant, e infligió además pérdidas muy graves. Tras la bisección vino la fragmentación, primero cuando Grant tomó un atajo por el sur de Tennessee para llegar hasta el sur de Georgia, dividiendo luego los estados meridionales y los estados fronterizos. De ahí en adelante Grant fue reduciendo el Sur a fragmentos cada vez más pequeños, infligiendo pérdidas constantes.

El Sur, o en particular el Ejército de Virginia del Norte, a las órdenes de Lee, no fue capaz de infligir daños similares en el Norte. Las invasiones de Lee en Pensilvania y Maryland fueron poco más que incursiones a gran escala. Ninguna de ellas logró conquistar un espacio permanente, y si bien Lee logró infligir cuantiosas bajas, particularmente en Antietam y Fredericksburg, sus batallas le costaban muy caro. Tras el fracaso de sus invasiones, Lee no contaba con una estrategia en el Este. No podía hacer

otra cosa que mantener una fuerte defensa, y ver cómo el Norte desarrollaba una estrategia cada vez más eficaz en el Oeste.

La Guerra de Secesión es una de las grandes guerras más misteriosas de la historia; misteriosa por inesperada, pero también por la intensidad con que estalló. Gran parte del misterio consiste en el hecho de que una guerra civil estallase en un país que desde sus inicios se había dedicado a la paz entre los hombres, a la hermandad entre sus habitantes, como proclamara Filadelfia, su mayor ciudad, al iniciarse la Guerra de Secesión. Resulta además un misterio por su geografía humana: al principio parecía arraigada en la vecindad de las dos capitales, Washington y Richmond, pero luego, como la invasión exótica de una flora tropical, estalló a gran distancia de los campos de batalla de Virginia, en Tennessee, Missouri y Louisiana, a menudo sin que hubiese una fecundación cruzada aparente. Abraham Lincoln, el nuevo presidente de 1861, dijo que la “guerra en cierto sentido tenía que ver con la esclavitud”; pero en 1862 y 1863 sus enormes y agresivos retoños brotaron en zonas donde la esclavitud era un componente muy secundario de la vida económica y social. De hecho, como ahora sabemos, muchos sureños no tenían ningún vínculo personal con la esclavitud, ni como dueños de esclavos ni como empleadores de su fuerza de trabajo. Ciertamente que quienes no poseían esclavos a menudo guardaban rencor a sus vecinos esclavistas, pero eso no impidió que se incorporasen por miles al nuevo ejército confederado y luchasen con aterradora ferocidad y admirable destreza en las batallas que este libró contra el Ejército de la Unión. Había otro misterio en esta guerra: ¿por qué hombres sin ningún interés racional en la guerra lucharon tan ferozmente contra los norteamericanos, quienes, por aquel entonces, a menudo no se distinguían de sus pobres adversarios sureños? En el Sur, esta ausencia de motivación personal directa solía presentarse como una paradoja: “Una guerra de ricos, pero una pelea de pobres”, subrayando el hecho innegable de que, si bien los grandes propietarios de esclavos y sus hijos militaron en las filas sureñas, estas estaban conformadas por una inmensa mayoría de granjeros pobres y a menudo por hombres que no poseían nada en absoluto.

La comparación de la riqueza del Norte y la del Sur añade otra dimensión misteriosa a la guerra. Un simple balance económico hubiera desvelado que el Sur no era lo bastante rico para sostener una campaña seria contra el Norte. La riqueza per cápita del Sur era mayor que la del Norte, pero solo debido al valor comercial de los esclavos y de los cultivos comerciales que

producían, una riqueza que estaba en manos privadas. El capital y el valor de los ingresos de la economía nortea eran inmensamente superiores a los del Sur, pues producía materias primas esenciales –hierro, acero, metales no ferrosos, carbón, productos químicos– en grandes cantidades, y tenía acceso a terminales de transporte de las que el Sur carecía. La producción de bienes manufacturados del Sur era más deficiente aún. Ya en 1861, el Norte exportaba por su cuenta carbón y acero; en 1900 su producción de materiales esenciales para la guerra sobrepasó la del Reino Unido. Esta inversión de las circunstancias económicas ya se preveía al comienzo la Guerra de Secesión.

La capacidad de un enemigo sobrepasado económica y numéricamente, como era el caso del Sur con respecto al Norte, para sostener la lucha a tan gran escala, no hace sino ahondar el misterio de esta guerra.

EL NORTE Y EL SUR SE DIVIDEN

*E*stados Unidos es diferente. Hoy que la excepcionalidad estadounidense, como se suele llamar, ha devenido tema de estudios académicos, Estados Unidos es menos excepcional, salvo en riqueza y poderío militar, de lo que fue en los años en que solo podía llegarse hasta allí cruzando en barco el Atlántico. Por aquel entonces, antes de que Hollywood, la tecnología de la televisión y la multinacionalidad de la industria musical universalizaran su cultura, Estados Unidos era realmente una sociedad distinta a la del Viejo Mundo que le había dado origen. Los europeos que hacían este viaje percibían toda clase de diferencias, no solo políticas y económicas, sino también humanas y sociales. Los norteamericanos eran más grandes que los europeos –incluso sus esclavos eran más grandes que sus antepasados africanos– gracias a la sobreabundancia de comida que producían las granjas. Los padres norteamericanos otorgaban a sus hijos una libertad desconocida en Europa; se abstendían de castigarlos de la forma en que lo hacían los padres y madres europeos. Ulysses S. Grant, el futuro general en jefe de los ejércitos de la Unión y presidente de Estados Unidos, recordaba en sus memorias que “nunca hubo ninguna reprimenda ni castigo por parte de mis padres, ninguna objeción a diversiones racionales como pescar, ir en verano a nadar al arroyo que estaba a dos kilómetros, cabalgar veinticuatro kilómetros para visitar a mis abuelos en el condado vecino, patinar sobre hielo en invierno, tomar un caballo y un trineo cuando había nieve en la tierra”.^[1] Era una descripción de la infancia en las familias más prósperas del campo en aquel periodo. Los Grant eran modestamente acomodados; Jesse Grant, padre del futuro presidente, tenía una curtiduría y también trabajaba una extensa propiedad de tierra cultivable y bosques. La mayoría de las familias norteamericanas antiguas eran prósperas, y los Grant habían venido al Nuevo Mundo en 1630. Era la prosperidad lo que los llevaba a ser

tolerantes con su descendencia, pues no estaban obligados a imponer restricciones a sus hijos para agradar a sus vecinos. Sin embargo, los hijos de las familias prósperas solían tener una buena conducta, pues iban a la escuela y a la iglesia. Ambas cosas venían de la mano, aunque no rígidamente. Lincoln, que no era un cristiano doctrinal, fue un padre notablemente indulgente. Los cristianos practicantes de Estados Unidos, protestantes en su abrumadora mayoría antes de 1850, necesitaban leer la Biblia, y al norte de la línea Mason-Dixon, que dividía informalmente al Sur del Norte, cuatro quintas partes de la población sabían leer y escribir. Casi todos los niños del Norte, y de hecho todos los de Nueva Inglaterra, iban a la escuela, un porcentaje mucho mayor que el de Europa, donde la alfabetización, incluso en Inglaterra, Francia y Alemania, alcanzaba aproximadamente a dos terceras partes de la población. Estados Unidos estaba expandiendo además el nivel universitario, con sus arraigados y florecientes centros de educación superior, Harvard, Yale, Columbia, Princeton y la Universidad de William and Mary. Estados Unidos podía financiar y administrar universidades porque ya era visiblemente más rico que Europa; rico por su agricultura, aunque todavía no fuera una economía exportadora de alimentos, y cada vez más rico por su industria. Era un país de periódicos, con un inmenso número de lectores y muchos periódicos locales y otros de amplia distribución. Sus médicos eran numerosos y capaces, y la inventiva y las aptitudes mecánicas de su población eran comentadas por todos los visitantes. También lo eran el brillo y la vehemencia de sus políticos. Estados Unidos era ya un país de ideas y movimientos, con gran conciencia de la libertad de sus orígenes y del legado de su revolución; el antiimperialismo había sido su principio fundador. Durante las décadas que precedieron a la Guerra de Secesión, Estados Unidos experimentó un auge y una revolución industriales muy característicos. La revolución industrial de Inglaterra había tomado su ímpetu del desarrollo de la energía a vapor, fomentado por los abundantes yacimientos de carbón de la isla y encaminado a la explotación de sus grandes yacimientos de minerales metálicos. Estados Unidos, a principios del siglo XIX, también estaba empezando a excavar en busca de carbón y hierro, que abundaban bajo su suelo. Pero al principio fueron otras dos fuentes de energía las que pusieron en marcha sus cada vez más abundantes fábricas y talleres: la energía hidráulica y la madera. Los ríos de Nueva

Inglaterra, Nueva York, y Pensilvania fueron utilizados para mover molinos de agua, mientras que sus extensos bosques suministraron madera para quemar. En Europa se habían acabado hacía mucho los tiempos en que era posible talar los bosques para generar calor. El continente, a excepción de Escandinavia y el interior de Rusia, estaba sumamente deforestado. En Estados Unidos, los árboles todavía eran un estorbo que era preciso talar para que hubiese tierra de cultivo; pero que también, una vez aserrados, aportaban la materia prima para toda clase de edificios y de artículos manufacturados. A fin de que sus suelos pudiesen ser cultivados en el futuro, Norteamérica necesitaba ser deforestada, y en ese proceso la industrialización y la tala iban de la mano. Durante la década de 1830 y después, la ciudad de Nueva York consumía cada año varios millones de cargamentos de madera aserrada y descortezada que procedían de Maine y Nueva Jersey. Solo gradualmente los inmigrantes de las zonas carboneras de Inglaterra y de los valles galeses comenzaron a excavar minas y a expandirlas, pero para 1860 la producción en los yacimientos de antracita de Pensilvania se había incrementado cuarenta veces en treinta años. En esa fecha ya se discernía claramente la geografía económica de Estados Unidos: regiones industriales en expansión centradas en Nueva York y Filadelfia, zonas carboneras explotadas en Nueva Jersey, Pensilvania y la región de Allegheny en los Apalaches, un área de desarrollo industrial en torno a Pittsburgh, y una floreciente zona de textiles y de ingeniería en el sur de Nueva Inglaterra. En el Norte, la población de trabajadores agrícolas, con respecto al conjunto de la fuerza laboral, había caído por debajo del cuarenta por ciento, mientras que en el Sur se mantenía por encima del ochenta por ciento. Un mapa económico mostraría que no había ningún centro industrial al sur de una línea que trazásemos desde St. Louis hasta Louisville y de aquí hasta Baltimore; en el Sur nueve décimas partes de la población vivían en el campo, pero en el Norte solo un cuarto de la misma. La madera también aportaba el combustible para los barcos de vapor con ruedas de palas, que en 1850 ya podían verse en todas las vías fluviales navegables, así como para las locomotoras, que se tornaron una presencia familiar en las líneas ferroviarias que se tendían para unir a las ciudades más importantes, entre sí y con los puertos costeros. En 1850 había nueve mil seiscientos kilómetros de ferrocarril en Estados Unidos; en 1860, treinta mil. Ríos y canales habían sido los medios de transporte y distribución en las primeras

etapas del auge. Las barcazas y los vapores fueron rápidamente superados por el ferrocarril. Ya en 1850, Estados Unidos había sobrepasado a Inglaterra, cuna de la revolución ferroviaria, en kilómetros de vías en funcionamiento; la extensión de los ferrocarriles norteamericanos rebasaba, de hecho, la longitud conjunta de los del resto del mundo.

Estados Unidos seguía siendo cliente de la industria europea, especialmente de la de Inglaterra, de donde procedía la mayor parte de los productos manufacturados; pero esto se debía a la ventaja inicial de Inglaterra en la revolución industrial. Al finalizar el siglo las cosas ya serían diferentes. Entretanto, Estados Unidos estaba dejando de ser un país predominantemente rural para convertirse en un país urbano. Al estallar la Guerra de Secesión, había más habitantes en el campo que en las ciudades, muchos más en el Sur, pero los habitantes de ciudades tendieron a superar en número a los del campo. Las ciudades se estaban fundando a un ritmo vertiginoso, y creciendo a velocidad exponencial. Las viejas ciudades coloniales, Boston, Nueva York, Filadelfia, Baltimore, conservaban su importancia, pero nuevas ciudades estaban surgiendo y expandiéndose, sobre todo más allá de la cadena de los Apalaches e incluso más allá del Mississippi; por un tiempo Cincinnati prometía ser la más importante de las nuevas metrópolis, pero no tardó en ser superada por Chicago, cuya población aumentó de cinco mil habitantes en 1840 hasta los ciento nueve mil en 1860. Podría decirse que Chicago no hacía más que seguirle el paso a los propios Estados Unidos, cuya población creció de 5.306.000 en 1800 hasta 23.192.000 en 1850. Este incremento se debió en parte a la inmigración, aunque las décadas en que esta se daría masivamente aún estaban por llegar; su causa principal fue la alta tasa de natalidad. La asombrosa productividad de Estados Unidos garantizaba empleo a todo aquel que optase por quedarse en las ciudades, mientras que la abundante disponibilidad de tierras para colonizar en los nuevos estados más allá de los Apalaches y el Mississippi atraía a un gran número de granjeros potenciales, y de los que buscaban mejores tierras. En cualquier dirección que mirase el visitante, Estados Unidos estaba creciendo.

Aunque no renunciaba a trabajar la tierra. Por el contrario: en los veinte años anteriores a 1860 enormes áreas del subcontinente pasaron bajo el arado; pero este trabajo fue realizado por emigrantes internos que abandonaban sus hogares en las tierras magras y agotadas de Nueva

Inglaterra, Virginia y las Carolinas, y caminaban hacia el Oeste hasta adentrarse en la tierra nueva de los valles del Mississippi y el Missouri y más allá. La política federal sobre la tierra alentaba a los emigrantes. En 1800 las tierras públicas se vendían a dos dólares el acre, con una entrada de veinticinco centavos y cuatro años para pagar el resto. Para 1820 el precio del acre había descendido a un dólar y veinticinco centavos. La tierra se vendía en subdivisiones de una sección de seiscientos cuarenta acres. Ya en 1832 el gobierno aceptaba ofertas de adquisición sobre un cuarto de un cuarto de sección, cuarenta acres. En 1862 el Congreso emitió la Ley de Asentamientos Rurales, que concedía a un colono la posesión de ciento sesenta acres si los trabajaba durante cinco años. Esta legislación transfirió ocho millones de acres de tierras públicas a manos privadas, y benefició a medio millón de personas. La política norteamericana sobre la tierra dio origen a estados como Ohio, Indiana e Illinois, al Medio Oeste propiamente dicho. A medida que la colonización se desplazaba a las tierras más distantes de las praderas de Iowa, Kansas y Nebraska, los primeros que llegaban se llevaban la mejor parte. Las praderas fueron colonizadas durante una era de humedad atípica, que recompensaba el trabajo duro con cosechas abundantes. Ya en el siglo XX, la desecación se había hecho sentir y muchas granjas fueron víctimas de la erosión provocada por el viento.

Los colonizadores no eran exclusivamente hombres libres. El lucro del algodón atrajo a los dueños de plantaciones durante el periodo de 1830 a 1850 hacia las nuevas tierras del Oeste, especialmente hacia los suelos oscuros y ricos del “cinturón negro” de Alabama y Mississippi, pero también hacia las tierras fluviales de Texas. Se calcula que fueron trasladados ochocientos mil esclavos, desde la costa atlántica hacia el interior del país, entre 1800 y 1860.

Estados Unidos crecía no solo en población sino también en riqueza. Sin ser aún un país exportador, salvo de algodón, su enorme mercado interno consumía todo cuanto podía producir. En la década de 1850 todo Estados Unidos se estaba industrializando, especialmente aquellas zonas que habían sido colonizadas en el siglo XVIII: Nueva Inglaterra, Pensilvania, Nueva York y parte de Virginia. La industrialización tenía su centro en Connecticut, que contaba con excelentes comunicaciones por ríos y canales con otras partes de la región, y abundante energía hidráulica para hacer funcionar la maquinaria de las fábricas. Incluso siendo una economía preindustrial,

Estados Unidos deseaba y compraba la producción de los talleres y las fábricas de Nueva Inglaterra, que trabajaban con métodos que serían copiados por el mundo entero. Fue en Connecticut donde primero se estableció lo que dio en llamarse “el sistema norteamericano de fabricación”. Este sistema recibió también el nombre de “sistema de piezas intercambiables”, que lo describe con exactitud. Una población activa instruida y cualificada aprendió a fabricar piezas de metal o madera con una precisión tal que era posible armar determinados artículos manufacturados a partir de una selección aleatoria de piezas. Este era el caso del rifle del ejército norteamericano, el Springfield. Tanto impresionó este rifle a los británicos que visitaron la fábrica de armas de Springfield, que el gobierno británico compró las máquinas necesarias para equipar a su arsenal de Enfield para la Guerra de Crimea. Cuando en 1861 el gobierno norteamericano se vio necesitado de gran cantidad de rifles, la fábrica de Enfield satisfizo buena parte de su demanda. Como los productos Springfield y Enfield se fabricaban casi del mismo calibre, siendo el Enfield ligeramente mayor, los cartuchos norteamericanos les servían a ambos, hasta el punto de que los soldados de la Unión no distinguían entre los Springfield y los Enfield. Así pues, muchos buenos republicanos fueron al combate con un arma que ostentaba en el enchapado las letras VR debajo de una corona. El “sistema de piezas intercambiables” permitió también la fabricación y ensamblaje de relojes de pared, de pulsera, de maquinarias domésticas y agrícolas, e incrementó el número de aparatos economizadores de mano de obra generados por la inventiva norteamericana. Estados Unidos padecía de un déficit crónico de fuerza laboral, de modo que cualquier artefacto capaz de multiplicar el trabajo de un par de manos era adoptado rápidamente. La máquina de coser, que permitía a las amas de casa vestir a toda su familia en el hogar o a la costurera local establecerse como mujer de negocios, fue adoptada a todo lo largo y ancho de Estados Unidos no bien se hubo perfeccionado. Los granjeros norteamericanos, mientras tanto, estaban comprando cosechadoras, agavilladoras y sembradoras que podían realizar aquellas tareas para las que faltaba mano de obra. El elemento más significativo de la mecanización databa de antes del siglo XIX. Fue la invención de la desmotadora por Eli Whitney en 1793, una máquina que separaba la fibra del algodón de las semillas, o cápsulas, donde crecía. La desmotadora revolucionó la producción de algodón, ya que realizaba en

pocos minutos un proceso que requería de una hora de duro trabajo por parte de un esclavo para producir medio kilo de algodón. Era poco lo que el Sur convertía en productos manufacturados, de hecho, tras enviar el algodón crudo al norte para ser hilado, el Sur tenía que volverlo a comprar en forma de tela tejida o ropa terminada.

En la dependencia del Sur de los recursos industriales del Norte subyacía una visible escisión social. El Sur continuaba siendo agrario y rural, como lo había sido el Norte en el siglo XVIII, y la mayoría de los sureños vivía de la tierra y trabajaba lo justo para subsistir, cultivando maíz, criando cerdos y cosechando tubérculos comestibles, que mayormente consumían ellos mismos o los vendían a nivel local, mientras que a lo largo del siglo XIX los norteamericanos comenzaron a migrar de las tierras a las ciudades donde encontraban trabajo asalariado. Durante la guerra, la espontaneidad con que ambos bandos confraternizaban en los periodos formales e informales de tregua, y la disposición de ambos bandos a ser hechos prisioneros, nos llevan a descartar la idea de que el Norte y el Sur fueran sociedades muy diferentes; a pesar de la guerra, los norteamericanos seguían siendo norteamericanos. Salvo en el acento –muchos norteamericanos se quejaban de que apenas entendían el habla de los sureños–, entre los soldados de ambos bandos había más semejanzas que diferencias. Tanto en uno como en otro, en su inmensa mayoría eran chicos del campo, veinteañeros, hijos de granjeros, que habían dejado sus tierras para unirse al ejército. El Norte y el Sur, sin embargo, tenían sus diferencias, y sus rasgos distintivos emergían en el carácter de los ejércitos.

Los sureños eran casi sin excepción chicos pueblerinos, o hijos de pequeños granjeros. Solo una minoría era dueña de esclavos. En el Sur, de una población blanca de cinco millones, solo cuarenta y ocho mil eran hacendados, esto es, hombres que poseían más de veinte esclavos. Solo tres mil poseían más de cien esclavos, solo once individuos poseían más de quinientos, una riqueza verdaderamente pasmosa en una época en que un esclavo de plantación sano costaba mil dólares. La mansión de blancas columnas, rodeada de árboles de sombra y alejada de los barracones, sin duda existía, pero mucho más en la imaginación de los de afuera que en la realidad. De los cuatro millones de esclavos del Sur, la mitad pertenecía a hombres que poseían menos de veinte. La mayoría no poseía más que uno o dos, y los empleaba en granjas de subsistencia en las que cultivaban maíz y

criaban cerdos. La mayoría de los sureños eran granjeros pobres que no tenían ni un solo esclavo.

De ahí la frase, muy citada durante la guerra, sobre todo en momentos desfavorables para la Confederación, “una guerra de ricos, pero una pelea de pobres”. La mayoría de los soldados confederados eran hombres pobres en circunstancias difíciles, cosa que ha suscitado constantemente una duda: “Si es así, ¿por qué los sureños combatieron tan bien y durante tanto tiempo?”. La respuesta es, en parte, que la mayoría de los sureños estaban apegados a la institución de la esclavitud y aspiraban a ser propietarios de esclavos, lo cual era el sello de la prosperidad y el éxito sureños. Los propietarios de esclavos dominaban la política sureña, y la compra de esclavos era la manera en que un sureño podía ascender en la escala social, pasando de pequeño granjero a propietario de una granja grande y tal vez con el tiempo a dueño de una plantación. Además, la esclavitud era el sistema en que se sustentaba la sociedad del Sur. Como los esclavos superaban en número a los blancos en varias zonas, llegando a ser mayoría en Carolina del Sur y Alabama, así como en muchas localidades, la esclavitud era percibida como una garantía de control social.

Aun cuando las clases inferiores a menudo guardaban rencor a los hacendados como clase, estos no dejaban de ser objeto de envidias y celos. Estos sentimientos no eran infundados, puesto que muchos sureños realmente lograron hacer la transición de pequeños propietarios rurales a dueños de plantaciones. Sin embargo, es dudoso que hubiera muchos de estos escaladores sociales en las filas del ejército confederado, que estaba integrado en una vasta proporción por habitantes de las tierras altas del Sur, las regiones de pinos y colinas del interior de Georgia, las Carolinas y Virginia; la legendaria resistencia del soldado sureño era el fruto de una crianza ruda en entornos poco propicios para el cultivo del algodón.

El soldado norteamericano típico también provenía de una granja, una granja que pertenecía a su padre y que con el tiempo él esperaba heredar. A diferencia del sureño, con sus no declaradas pero persistentes esperanzas de ascender a propietario de esclavos, el norteamericano no podía albergar las mismas esperanzas de ascenso a menos que abandonase la tierra, se mudase a la ciudad y emprendiese algún trabajo asalariado. La migración hacia las ciudades en el siglo XIX en Estados Unidos estaba transformando las vidas de las personas a un ritmo mucho más rápido que en Europa. Era la esperanza de alcanzar la

liberación económica lo que impulsaba a las multitudes de inmigrantes que llegaban del Viejo Mundo, cuyo flujo mermó mas no se estancó al estallar la Guerra de Secesión. El recluta norteno casi con toda seguridad había asistido varios años a la escuela y probablemente era miembro de alguna de las grandes confesiones protestantes: metodista, presbiteriano o baptista. La creencia y la práctica religiosas eran un rasgo minoritario en la mayoría de los regimientos nortenos. Sin embargo, los cristianos eran una minoría influyente. El capitán John Gould del décimo de Maine anotó que era “doloroso ver cuán pocos cristianos profundos había en nuestro gran regimiento –su número no rebasaba los cincuenta–, aunque la presencia de este pequeño puñado hacía que el regimiento fuese sin discusión mejor en todos los sentidos. Su ejemplo era bueno, pues eran buenos soldados: un soldado cristiano que lucha por la justicia es siempre el soldado modelo. En cada momento de prueba el regimiento demostró ser más fuerte por tener a esos pocos cristianos”.^[2] Los regimientos confederados también solían tener un núcleo cristiano de similar importancia, pero con una diferencia. El cristianismo sureño estaba comprometido con la esclavitud, lo que había provocado el cisma de las iglesias baptista y metodista antes de la guerra. En consecuencia, incluso los soldados confederados devotos podían albergar sentimientos violentamente anticristianos, aplaudiendo la matanza de soldados negros de la Unión en la batalla del Cráter en 1864 y las ejecuciones individuales de prisioneros negros. La moral esclavista también mediatizó el cristianismo sureño. En una Norteamérica que confería el más alto valor a la familia y al vínculo sagrado entre la madre de la familia y su esposo, el uso sexual de las esclavas por parte del hacendado y sus hijos, y la presencia de primos mestizos en los barracones de la plantación, eran una afrenta constante a las esposas e hijas de los hacendados. Nada parecido tenía lugar en la sociedad nortena, que practicaba lo mismo que predicaba. La familia cristiana era una realidad en el Norte, y su fuerza contribuyó a que la mujer cristiana, ejemplificada por Harriet Beecher Stowe, autora de *La cabaña del tío Tom*, llegase a ser a menudo un formidable exponente del abolicionismo.

Una vez que el soldado norteno comenzó a ver el Sur por sí mismo, como sucedió desde 1863 en adelante, sus opiniones críticas se vieron confirmadas. Con excepción de los blancos verdaderamente pobres de las

más paupérrimas granjas de subsistencia, los sureños tenían mayor riqueza per cápita que los nortños. Esta situación se debía a que el valor del capital esclavo era muy alto, pero su distribución era irregular. A los ojos de los nortños, sin embargo, los sureños parecían pobres. Esto tenía que ver con su estilo de vida. Los sureños no se preocupaban por sus casas del modo en que lo hacían los nortños, ni tenían tan bien cuidados sus jardines y sus alrededores. Las sureñas elegantes se dejaban acompañar por sirvientes negros harapientos. Los nortños tendían a juzgar a los sureños por la situación de sus negros. Si los negros hablaban mal y eran ignorantes, los soldados nortños concluían que eso era por el ejemplo que recibían de sus amos y amas.

A pesar de las diferencias reales entre las sociedades del Norte y el Sur, había muchas semejanzas entre los soldados de ambos bandos. Esto no era en absoluto extraño; a medida que la guerra se prolongaba, y su crueldad y sus terribles pruebas hacían mella en las tropas, los soldados reconocieron el hecho de que protagonizaban una experiencia común. Los soldados nortños, mejor alimentados y mejor equipados que sus adversarios, llegaron a sentir admiración por Johnny Reb. Johnny Reb tenía *grit* [agallas]. Él seguía adelante en circunstancias que ponían a prueba la resistencia de los hombres más fuertes. Johnny Reb generalmente se creía mejor que Billy Yank, opinión que persistiría hasta bien avanzada la guerra. El resultado de la primera batalla, Manassas, también llamada Bull Run, parecía confirmarla. Hasta el primer intercambio de disparos, las diferencias entre el Norte y el Sur no fueron tan sustanciales. Comenzaron a parecerlo tras el primer derramamiento de sangre. Lo que confirmaba la diferencia era la propia guerra, un juicio que constituía su propia condena.

Dixie –la región del continente norteamericano que se extendía al sur de la línea Mason-Dixon– se estaba convirtiendo en una entidad bien diferenciada antes de 1860. Históricamente no lo había sido. De hecho, incluso bajo la Confederación, Dixie nunca fue *the Solid South* [el Sur propiamente dicho]. Sus tierras y su economía eran demasiado variadas, su gente demasiado diversa, para formar una unidad cohesionada. Además, la “sureñidad” se desplazaba, como lo hace hoy en día. Solapaba la línea Mason-Dixon, adentrándose en el sur de Illinois y en zonas de Nueva Jersey, de manera que a Princeton se la consideraba una universidad sureña. Aunque en 1860 la mayoría de los sureños eran de vieja estirpe inglesa, o

“irlandeses escoceses”, como denominan los estadounidenses a los colonos oriundos del Ulster, había importantes elementos de la población que provenían de otros lugares. Los ciudadanos de Charleston y Savannah en muchos casos eran originarios de Barbados, mientras que los ancestros de los de Nueva Orleans en muchos casos habían bajado por el Mississippi desde Nueva Francia en Canadá, creando a su paso ciudades tan afrancesadas como St. Louis en Missouri, y Louisville en Kentucky. Tampoco el Sur era del todo sureño en sus modos de acumular riquezas. El Sur era rico. Se estimaba que el valor individual de sus habitantes libres era el doble que el de sus homólogos del Norte. Sin embargo, no todo su dinero provenía del algodón, que era un cultivo caprichoso. Solo se daba en ciertos suelos y bajo determinadas condiciones climáticas. Así pues, prosperaba en el “cinturón negro”, así llamado por el color de su suelo, en el Bajo Sur, en las Sea Islands cercanas a la costa de Georgia y las Carolinas, y ciertas variedades se habían adaptado bien a las zonas más húmedas de Texas. Apenas se cultivaba en Virginia, donde el producto principal seguía siendo el tabaco. En el delta del Mississippi el cultivo predominante era el azúcar; en las Carolinas y las tierras bajas de Georgia, el arroz.

La población esclava y la tenencia de esclavos guardaban relación con las pautas de la producción básica. Las áreas de mayor densidad de población esclava estaban en Carolina del Sur y a lo largo del río Mississippi, en Alabama y Mississippi, y en el centro-norte de Virginia; los esclavos constituían la mayoría de la población en Carolina del Sur, y no solo allí. Conformaban casi la mitad de la población de todo el Sur, más en el Viejo Sur. La propiedad de esclavos era una ocupación minoritaria, pero los dueños de veinte esclavos o más constituían la clase gobernante del Sur, y dominaban su economía y su política. En el primer Congreso de la Confederación el cuarenta por ciento de los miembros pertenecía a este grupo de propietarios de más de veinte esclavos. Muy pocos no poseían ninguno en absoluto. Tener esclavos era la medida de cuanto era importante en el Sur de antes de la guerra: no solo representaba riqueza –veinte esclavos saludables sumaban veinte mil dólares–, sino estatus social, autoridad local, y desahogo y confort domésticos. El excedente financiero en el Sur de antes de la guerra era destinado siempre a comprar más esclavos o más tierras, que a su vez requerían más esclavos que las trabajasen. Los grandes terratenientes podían llegar a poseer cien esclavos o más. Los latifundios

estaban organizados como plantaciones, con una colonia de cabañas de esclavos cerca de la casa grande, usualmente de estilo neoclásico con un pórtico con columnas, establos y una vivienda cercana para el capataz. Esta visión de la vida en las grandes plantaciones, cristalizada en la inmensamente exitosa novela *Lo que el viento se llevó* y la película que Hollywood hizo de ella, se difundió y conquistó la imaginación de norteamericanos y europeos; una visión de una aristocracia sin títulos, de una vida ociosa, de hacendados señoriales, de mujeres briosas y autoritarias, servidos por esclavos domésticos, que gozaban del privilegio de opinar delante de personas adultas a quienes cuidaron cuando eran niños, con la libertad que les confería su larga relación con la familia; una vida que transcurría en medio de abundantes comidas, frecuentes diversiones sociales y una prosperidad sin preocupaciones. El mundo de *Lo que el viento se llevó* apenas existía en unos pocos lugares, pero ciertamente existía, e impuso un modelo al que aspiraban los pequeños hacendados y, por debajo de ellos, también los granjeros prósperos. La riqueza del Sur se incrementó durante la década de 1850, aunque solo fuera por la subida del precio de los esclavos. El precio del algodón en el mercado se había duplicado desde 1845 y los grandes productores obtenían ganancias enormes, hasta del veinte por ciento de su capital, y gastaban buena parte de estas en los lujos de la vida en la plantación: modas europeas, fina carne de caballo y vino francés. Muchos de los grandes hacendados ni siquiera vivían en la tierra, sino que dejaban a sus capataces a cargo y se pasaban los días en las capitales de los estados o en residencias campestres, especialmente en sitios como Charleston (Carolina del Sur), Natchez (Mississippi) o el nuevo Garden District de Nueva Orleans.

Sin embargo, todos los grandes pueblos sureños, o “ciudades” según el habla estadounidense, eran pequeños en comparación con sus homólogos nortños. Nueva Orleans era cuatro veces más grande que cualquier otra. Montgomery (Alabama), primera capital de la Confederación, era la de más rápido crecimiento, pero solo contaba con treinta y seis mil habitantes durante la secesión, mientras que Chicago había llegado a tener ciento nueve mil en veinte años, y tanto St. Louis como Cincinnati sobrepasaban los ciento sesenta mil. La población conjunta de Richmond y Petersburg en tiempos de la secesión ascendía tan solo a cincuenta y seis mil, y no había pueblos grandes entre el bajo Mississippi y la costa atlántica; de hecho, la

población de Charleston disminuyó en los años que antecedieron a la Guerra de Secesión. El Sur hizo de su ruralidad una virtud, enfatizando la naturaleza pastoral de la Norteamérica de los padres fundadores, pero en realidad esto era un indicador de su relativa decadencia y de su pérdida de competitividad con respecto al Norte. Industrialmente no podía comparársele. Cuando se alcanzó la independencia, la mitad de la población de Estados Unidos vivía al sur de la línea Mason-Dixon. Hacia 1860 la mitad de la población vivía al oeste de los Apalaches, en su mayoría en el valle del Mississippi.

El atraso educacional del Sur limitaba su capacidad de competir económicamente con el Norte. El veinte por ciento de su población blanca era analfabeta, mientras que el noventa y cinco por ciento de los habitantes de Nueva Inglaterra sabía leer y escribir; y un tercio de los niños sureños iba a la escuela, en tanto que en Nueva Inglaterra asistía un setenta y cinco por ciento, y casi otros tantos en los estados atlánticos y del Medio Oeste.

El analfabetismo impide salir de la pobreza, y los sureños eran pobres. La mitad de la población de Estados Unidos en 1860 poseía solo un uno por ciento de la riqueza nacional, pero los norteamericanos con iniciativa para arriesgarse podían incrementar su riqueza emigrando de las granjas a las ciudades, y de hecho lo hicieron. El algodón no era el cultivo dominante en el Sur, sino el maíz, que se molía para hacer el pan de maíz o la sémola, es decir, las gachas, o para alimentar a los cerdos. En el Sur, salvo en las casas de las grandes plantaciones, se comía principalmente pan de maíz, sémola y carne de cerdo. En los barracones de los esclavos se comía lo mismo, solo que con más maíz y menos carne de cerdo.

La vida en la plantación conformó la visión que tiene de la esclavitud la mayoría de los norteamericanos. Era en la plantación donde podían verse grandes concentraciones de esclavos, y donde se observaban los rasgos característicos de su existencia, tanto los represivos como los amables. Que el sistema esclavista tuvo aspectos amables es algo que todos menos sus enemigos más acérrimos han concedido. Era común que amos y amas, por interés propio, pero también por humanidad y afecto, se preocuparan por el bienestar, e incluso por la felicidad de sus esclavos, organizándoles días feriados y fiestas, dándoles gratificaciones y regalos, y celebrando acontecimientos notables, nacimientos y bodas (aunque el matrimonio legal entre esclavos no estaba reconocido en los estados esclavistas, ni podía

estarlo, ya que la solvencia de un hacendado dependía en última instancia de su libertad para obtener liquidez vendiendo esclavos en el mercado). Los buenos tiempos siempre alternaban con los duros, hasta en la más benévola de las plantaciones; los esclavos eran azotados regularmente por mal comportamiento o pereza, por el amo, el capataz, o incluso el ama. La plantación era una sociedad intrínsecamente represiva. Incluso el buen amo, tan reconocido así a menudo por los esclavos y exesclavos, se situaba en el ápice de un sistema disciplinario, en el que el capataz, si había alguno contratado, como solía ser el caso, daba órdenes, que se implementaban por la fuerza si era necesario, mediante una casta de mayores o “drivers”, que daban cuenta de las faltas. Los capataces eran a menudo los hijos de los hacendados, que trabajaban para aprender el negocio o con el fin de ahorrar para adquirir tierras y esclavos propios. También existía una clase de capataces profesionales, que trabajaba para ganarse el sustento pero tal vez también con la esperanza de acumular capital; estos, por lo general, constituían un grupo inestable, pues solían ser despedidos con frecuencia, ya fuera por ineficiencia o porque se consideraba deseable un cambio de personal para tener contentos a los trabajadores.

El interés personal impulsaba a los esclavistas a cuidar bien de sus esclavos, y estos en su mayoría estaban bien alimentados. Mas no estaban bien albergados, pues sus cabañas de un solo cuarto eran frías en el invierno y malolientes en el verano, y perennemente infestadas de parásitos y gérmenes, por lo que las enfermedades eran endémicas; muy pocos esclavos vivían más de sesenta años. Sin embargo, la verdadera amenaza para su bienestar no eran las enfermedades, sino la inestabilidad social. No existía la reparación legal, porque la ley norteamericana no reconocía el matrimonio entre esclavos, aunque este era reconocido por los propios esclavos y por algunos amos. Bajo amos benévolos, se celebraban casamientos formales, oficiados por un predicador, negro o blanco, si bien en forma abreviada, ya que los cónyuges no podían jurarse fidelidad “hasta que la muerte nos separe”. Circunstanacialmente muchas familias de esclavos permanecían juntas toda la vida. Pero ni siquiera los mejores amos podían garantizar que las circunstancias financieras no los obligaran a vender esclavos en tiempos de estrechez. Por lo tanto, a veces los esclavos juraban prudentemente “hasta que la muerte o la distancia nos separen”. Asimismo, algunos amos no permitían formalidades religiosas por esa razón, mas presidían los llamados

“casamientos de escoba”, donde el novio y la novia indicaban su compromiso saltando juntos por encima de una escoba.

Algunos dueños de esclavos alentaban el “casamiento” negro porque este contribuía a la satisfacción y a la estabilidad en las plantaciones, y a conformar una comunidad negra. Lo apoyaban, ayudando a los esclavos a construir sus viviendas, las “cabañas” de la literatura sobre este tema, y asignando acres para los jardines, corrales y pocilgas de los esclavos. En una plantación próspera y bien administrada, los esclavos podían vivir bastante bien: el amo distribuía en días fijos de la semana raciones de harina, carne de cerdo y harina de maíz; el esclavo añadía patatas, guisantes y nabos que él mismo cultivaba. Si el amo permitía cazar, como solía ser el caso, el esclavo disponía también de zarigüeyas, mapaches, conejos y ardillas.

El día en la plantación era duro, con una jornada laboral típica de doce horas, aunque los propios esclavos la calculaban más bien en quince. El trabajo cesaba al anochecer. El domingo era día de descanso, como también, con frecuencia, lo era la tarde del sábado. En época de cosecha, el horario laboral se alargaba, pero también se alargaban los momentos de descanso. Los distintos cultivos tenían distintos horarios. Las plantaciones de azúcar del sur de Louisiana imponían jornadas laborales largas durante la temporada de zafra. El pelado de las mazorcas de maíz, una ocupación habitual en la mayoría de las plantaciones, requería un trabajo intenso y prolongado; pero los esclavos lo disfrutaban, ya que redundaba en su propia alimentación y podía aligerarse mediante juegos y competiciones. Sin embargo, casi en todas partes, en las plantaciones buenas y en las malas, bajo amos gentiles y amos severos, el trabajo avanzaba mediante la aplicación regular del látigo, veinte, a veces veintinueve latigazos, infligidos por el capataz o el mayoral, a veces por el propio amo o, en la casa, por el ama. El látigo era parte de la vida del esclavo. Su empleo estaba regulado por la opinión pública. Los amos crueles padecían la desaprobación de sus vecinos; no obstante, las azotainas continuaban. Algunos amos se vanagloriaban de no azotar jamás, pero estos eran minoría. Algunos esclavos, fundamentalmente esclavos domésticos con privilegios, nunca fueron azotados, pero también estos eran minoría. Un capataz de una plantación, que azotó a un ama negra –la esclava doméstica de mayor jerarquía, por lo general una exnodriza del ama, quien tradicionalmente gozaba del estatus de una monarca constitucional, siendo consultada en todos los asuntos